

EL ESPACIO PÚBLICO MODERNO EN LA REALIDAD CONSTRUIDA

Carolina Bencomo

Investigación de Diseño Urbano, Instituto de Urbanismo,
Facultad de Arquitectura y Urbanismo, UCV
carolinabencomo@gmail.com

RESUMEN

La conceptualización y comprensión del espacio público moderno es un tema que reviste gran complejidad debido a la multiplicidad de dimensiones y posturas respecto a su significado; de allí, se considera –como un camino para su interpretación y comprensión– una aproximación que alude reconocer que existe una brecha: ideario-realidad. El objetivo es realizar una aproximación al espacio público moderno, desde un planteamiento que aduce un eslabón entre lo plasmado en la Carta de Atenas y lo que conocemos como realidad construida. El contenido presentado en esta ponencia forma parte de la tesis doctoral titulada “El espacio público de la Modernidad. Caracas, ciudad moderna”, actualmente en su fase final. La metodología es de carácter cualitativa y se desarrolla bajo el método hermenéutico. El tema se aborda bajo el presupuesto: *El espacio público moderno en la realidad construida supone resultados morfológicos y sociológicos distintos a lo pregonado por el modelo moderno*. Como resultado el espacio público moderno es presentado bajo argumentos que ponen de manifiesto un eslabón modelo-realidad que refiere un cambio radical, no solo en cuanto a espacio y forma urbana, sino también en los individuos porque implica una nueva manera de vivir el espacio público, un cambio en la percepción y en el sentido de uso que le imprime la gente, en un planteamiento que declara un espacio público moderno en la realidad construida distinto a lo pregonado por el modelo moderno.

Palabras clave: Carta de Atenas, espacio público moderno, Modernidad, realidad construida.

INTRODUCCIÓN

El Movimiento Moderno se planteó en un proceso multidimensional de una extraordinaria complejidad en un momento histórico de conmoción y de intenso pensamiento teórico en todas las ramas del saber, “no se trata de un puro sistema de reglas ideales al margen de la política y de la historia, como trataron de presentarla después algunos de sus creadores. Tuvo lugar dentro de un proceso largo y complejo, más heterogéneo de lo que suele pensarse, aunque al final corresponda como doctrina a lo expresado, más o menos germinalmente, en la Carta de Atenas” (Vegara y De las Rivas, 2004).

En esta complejidad se trata de vislumbrar el ideario moderno transcrito al espacio público bajo el presupuesto de que el resultado difiere a lo promovido en la Carta de Atenas. Previo a ello, en la tesis doctoral se ha realizado el estudio del espacio urbano y el espacio público en el pensamiento moderno, por lo que se ha podido elaborar una aproximación que declara un eslabón entre ideario y realidad.

En esta línea de pensamiento, se puede afirmar que el espacio público moderno adviene de la interpretación del modelo proclamado en la Carta de Atenas y su adecuación a la realidad en tanto elementos causales de orden económico, político, social y cultural, lo que deviene en la ciudad moderna que hoy conocemos, porque “el Movimiento Moderno, como apuntó Rogers, supuso más un método que un estilo. Pero un método que, por sus bases axiomáticas y su carácter deductivo, se constituía como único e irremplazable” (Ordeig, 2004, p. 25). De este modo, el carácter universal del pensamiento moderno trajo consigo la nueva forma de la ciudad, con su marcada y dominante presencia en el mundo plasmada desde la adecuación –y a la vez choque– de sus preceptos a la realidad urbana, social, política, cultural y económica en diversas latitudes.

266

Contrario a lo ideado, las ciudades presentan acentuación de las periferias, la aparición de espacios intersticiales, residuales o perdidos que pueden considerarse consecuencias no deseadas de la Modernidad y, para muchos autores, como características propias del modelo moderno. Este tema será abordado mediante la indagación en el espacio público moderno, desde lo plasmado en la Carta de Atenas y su resultante. Desde este punto presentaremos el espacio público moderno a partir de las consecuencias en lo morfológico y en los individuos, la nueva manera de vivir y el sentido de uso de los espacios, en la búsqueda de la comprensión del espacio público de la Modernidad, tal como hoy lo conocemos.

EL ESPACIO PÚBLICO DE LA MODERNIDAD EN LA REALIDAD CONSTRUIDA

El modelo moderno de ciudad desde lo estrictamente morfológico

...se basó en la separación y segregación de funciones, la preponderancia de la vialidad motora sobre la peatonal, la separación del peatón y el vehículo, la utilización de macro-unidades autosuficientes como elementos claves de la nueva estructura urbana, la desaparición del parcelario como organizador de la forma de la calle y la eliminación de los bordes urbanos como elementos constitutivos del espacio urbano (Marcano, 2003, p. 14).

De ese modo, la ciudad moderna fue concebida a partir del vacío, su espacio público desligado –de las formas y apegado a una nueva escala– se tradujo en grandes áreas abiertas con preeminencia de la vegetación, que por los principios del modelo estarían consagradas al colectivo y, por consiguiente, desprovistas de barreras y de condiciones de privacidad, y en la experiencia fueron reducidas a una pérdida del sentido de pertenencia y permanencia, la evidente indefinición entre lo público y lo privado, y condenados –al final– a convertirse en pequeños o grandes lotes privados, confinados en parcelas, destinados al individualismo del hombre moderno y al anonimato. Esta indefinición entre lo público y el privado produce una tensión entre ambas categorías espaciales, lo que genera una tendencia “a la subordinación de lo público a lo privado y al predominio de lo privado como interés común cívico” (Ramírez, 2006, p. 3), lo que para esta autora conlleva el debilitamiento del espacio público, principalmente en las grandes ciudades.

El debilitamiento del espacio público y la transformación de su sentido de uso

En la comprensión del debilitamiento del espacio público se precisa considerar la transformación del significado de lo público a través de la historia. Este debilitamiento puede explicarse, al dilucidar lo público, en la noción de escenario de discurso y acción: de todo aquello que puede ser visto y oído, que puede emerger inclusive desde lo privado cuando es adecuado para ser apropiado para la aparición pública; que constituye una realidad garantizada por la presencia de otros, por el discernimiento y la multiplicidad de perspectivas sobre el mismo objeto, y es el mundo común a todos (Arendt, 2009, pp. 59-61).

Durante la Edad Moderna desaparece el sentido de lo público en tanto trascendencia y eternidad; desde allí todo espacio materializado debe superar el tiempo de vida de los individuos porque la acción social toda vez pública y publicitada se perpetúa y permanece más allá de la muerte. Por ello, durante la Edad Moderna se descarta la idea de eternidad y trascendencia porque ambas son vistas como vanidad, como algo que es propio de lo privado. De ese modo, el sentido de lo público se transforma y relaciona con el ascenso de la sociedad a la preeminencia pública, en función del desempeño en sociedad y en público de la profesión y la admiración, y de la satisfacción de una necesidad, en la que el desempeño es compensado con admiración pública y recompensa monetaria (p. 65).

Volviendo a la idea del mundo común, probablemente con la construcción de un mundo nuevo por los modernos, donde prevalece la indefinición “morfológica” público-privada, se ha favorecido la transformación del significado de la realidad con el desvanecimiento del sentido de lo público, de lo que puede ser visto y oído en público, que es común a todos, con el consecuente desplazamiento de ese mundo común a lo privado. Al mismo tiempo, parece haber generado mayor tendencia al individualismo, a la falta de interacción social y, por ende, del discurso y la acción; también abre paso a la soledad de los lugares, a la pérdida de la permanencia y la trascendencia. El ser humano en el espacio público moderno pierde la identidad sobre un mismo propósito porque la pérdida del discurso y la acción que se produce por un interés común entre extraños, aduce el vuelco a lo privado e individual. El espacio indecible, cambiante, envuelve a la persona en la vorágine moderna que la hace sentir que no existe un lugar para realizar –en diversas miradas– sus propósitos en sociedad.

Por otra parte, el interés por la movilidad, la velocidad y el movimiento, que trajo consigo el desarrollo tecnológico de los siglos XIX y XX, se tradujo en un pensamiento sobre lo público distinto a viejos patrones de ciudad. El espacio público, como lugar de socialización, fue transformado por un modelo que perseguía la adecuación a dinámicas urbanas relacionadas con avances decodificados en un nuevo espacio público y una nueva ciudad, donde lo vertiginoso y lo fugaz, producto de lo nuevo, conducían a lo perecedero; y la infinitud e indeterminación llevaban a la intrascendencia, dispersión, y ausencias. La nueva ciudad extendida en periferias, en grandes espacios conectados e interrumpidos solo por vialidades vehiculares especializadas, que llevaron a los espacios para el recorrido peatonal a la nimiedad, constituyeron una nueva manera de concebir un espacio público, donde la interacción social se transformaba en movimiento y contemplación. El lugar de encuentro se disolvía en el anonimato y la vida urbana se reservaba al interior edificado.

Con el nuevo espacio público moderno resultante comienza a desdibujarse el sentido de lo público como espacio de aparición que existe por la acción y el discurso de los hombres que en él se agrupan, y desaparece con la dispersión de las gentes y con la ausencia o cese de actividades que generan su existencia y le otorgan sentido, donde el discurso se emplea para describir realidades y la acción para relacionarse y crear nuevas realidades (Arendt, 2009, p. 222) porque lo público alude “vínculos de asociación y compromiso mutuo (...) se trata del vínculo de una multitud, de un pueblo, de una política, más que de aquellos vínculos referidos a una familia o a un grupo de amigos” (Sennett, 1978, p. 12).

En este sentido, Ramírez (2006, p. 2) afirma –al aludirla visión de Sennett– que “el debilitamiento de los vínculos sociales de carácter impersonal es un fenómeno derivado de la transformación de la vida pública en una cuestión de obligación formal, asociado al decaimiento de la participación con fines sociales y la falta de compromiso cívico”. Para Sennett y Ramírez, esto genera la descomposición y abandono de lo público, producto del individualismo moderno, lo que explica el apego a lo privado, a lo íntimo-personal, propio del hombre y sociedad modernos.

La nueva condición física del espacio público que advino del Movimiento Moderno, y la desconfiguración del tradicional espacio estático y de permanencia hacia un espacio del futuro con ideas de movimiento, contemplación e infinitud –unido a elementos causales de índole político, económicas, culturales– conllevó la exacerbación del abandono del compromiso colectivo y de la vida pública hacia lo privado, ahora ligado a la búsqueda de los sentimientos, del yo interior. Esto coadyuvó a la pérdida del sentido de uso del espacio público, principalmente en las grandes ciudades, “...esta situación que conjuga aislamiento y visibilidad, se observa en el entorno construido y en la organización del espacio urbano entre otras cuestiones a través de la transformación del espacio público –la calle, la plaza, los lugares de reunión–, en ‘un derivado del movimiento’” (Ramírez, 2006, p. 2).

Habitación y su transcripción a la realidad

El bastión principal de la Carta de Atenas para la ciudad moderna, “habitación”, fue llevado a la realidad con las tipologías de torres de viviendas, donde podían compartimentarse entre el uso residencial, comercial y oficinas (zonificación vertical). El modelo del superbloque o unidad habitacional, y la serialización cristalizada en conjuntos habitacionales o zonas de habitación que

prometían ser autosuficientes –en muchos casos–, terminaron siendo lugares de habitación desprovistos de servicios y espacios para el ocio.

Las unidades autosuficientes fueron consecuencia directa, por una parte, de la puesta en práctica de una ordenanza de zonificación concebida como el instrumento o “elemento- fuerza” que garantizaría la implantación y promoción del ideario moderno adoptado y adaptado a la realidad; por otra, el aprovechar lo que ofrece la histórica “necesidad”, en este caso, satisfacer la necesidad de vivienda, entendida como un problema común, de los estratos sociales menos favorecidos, principalmente. La habitación, función principal, resultó en albergues de gentes destinadas a la vorágine moderna, ensimismadas en espacios privados, ajenas a una vida pública carente de acción social y ajenas al sentido de uso del espacio público como experiencia social de interacción y de encuentros entre extraños.

En este sentido, la valoración de la experiencia individual (problema que pareciera propio de la sociedad norteamericana, según Sennett) muestra una sociedad que se mueve desde el interior al exterior, en vez de moverse desde una condición externa hacia una interna, lo que ha producido una confusión entre la vida pública y privada: “Las gentes están resolviendo en términos de sentimientos personales aquellas cuestiones públicas que solo pueden ser correctamente tratadas a través de códigos de significado interpersonal” (Sennett, 1978, p. 14). De ese modo, habitar se convirtió en el espacio de sentimiento individual, de reflexión, y el espacio público moderno se transformó en el lugar donde se pierde o se minimiza la construcción del sentido cívico de lo público.

Trabajo y el rol protagónico de la arquitectura

La otra función de la Carta de Atenas, “trabajo”, se interpretó en muchos casos como la conversión de los antiguos cascos en centros de negocios, donde comenzó a dominar la idea del rascacielos o torres de oficinas, contrapuestas a la naturaleza del lugar, conjuntamente con la nueva tipología del centro comercial. Estas tipologías transformaron la morfología espacial de las áreas centrales e históricas de muchas ciudades, modificaron la relación público-privado y cambiaron la percepción y sentido de uso de la plaza y la calle, que anteriormente eran la de “combinar gentes y actividades diversas” (p. 22).

Con la llegada de los centros comerciales surge una categoría para lo público que imprime un nuevo sentido al espacio, tal vez ubicable en la que Bauman (2002) denomina “espacio público pero no civil”; este es un espacio cuya función es prestarse para el consumo, que –como tarea individual– lleva a la conversión del habitante en consumidor, porque estos espacios incitan solo a la acción individualizadora –cuya importancia depende de una aprobación numérica– y, por lo tanto, inhiben la interacción social.

La importancia otorgada a la arquitectura en la Carta de Atenas se evidencia en lo construido y su rol manifiesto en la gente, como respuesta a las necesidades humanas y la búsqueda de soluciones mediante lo edificado; no obstante, el carácter individual e independiente de cada edificación aduce a un nivel de desarraigo respecto al emplazamiento, generador de consecuencias inmensurables en el espacio público, y afianzadores de una sociedad individualizada y del consumo, pese al hecho de que “...los arquitectos que proyectan rascacielos y otras grandes construcciones (...) se encuentran entre los pocos profesionales que están obligados a trabajar

con ideas contemporáneas acerca de la vida pública, y (...) entre los pocos profesionales que de la necesidad expresan códigos y hacen que estos sean manifiestos a los demás” (Sennett, 1978, p. 22).

Desde esa arquitectura protagónica, el rascacielos moderno juega un rol importante porque el espacio público que lo circunda es por lo general indefinido y confusamente conformado, como producto de la concepción individual del hecho construido, cuyos muros acristalados –en muchos de ellos– que suponían relacionar el espacio interior-exterior, también aíslan de la calle las actividades que se generan en el interior edificado. Allí “se combinan la estética de la visibilidad y el aislamiento social”, lo que para Sennett (1978) significa la muerte del espacio público con el nacimiento de “espacios exteriores muertos”, que hacen que las personas comiencen a concebir el espacio público carente de sentido, en las grandes ciudades principalmente. De este modo, “la eliminación del espacio público viviente está relacionada con una idea aún más perversa: la de volver al espacio contingente para el movimiento” (p. 23). Este autor considera que los espacios públicos modernos son áreas de paso y no de permanencia.

Circulación: de la exacerbación del movimiento a la no permanencia

La idea de movimiento, contemplación y no permanencia adviene de la naturaleza intrínseca del Movimiento Moderno en la concepción de la ciudad nueva en una de sus máximas, “circulación”, cuyo rol sería la conexión de zonas desde el ideal de ciudad funcional y concebida como la especialización de una vialidad vehicular que une e integra zonas, categorizada de acuerdo con el servicio al cual debe responder y separada del peatón.

La función circulación fue interpretada y materializada como el dominio y exacerbación de la autopista y de las grandes avenidas, y una fuerte tendencia a la minimización de la vialidad peatonal. La ciudad, su espacio público, parece ahora definida por un nuevo mundo: el mundo de la autopista, un mundo que como resultado adverso debería reinventarse, porque la dimensión real del pensamiento moderno y su alta capacidad de renacimiento por la inventiva infinita que ofrece la noción de lo nuevo, se presenta una y otra vez como la figura prometedora de una visión distinta “...dado que la economía moderna tiene una capacidad infinita para desarrollarse de nuevo, autotransformarse, la imaginación modernista también debe renovarse y reorientarse una y otra vez. Una de las tareas (...) para los modernistas en los años sesenta fue enfrentarse al mundo de la autopista; otra fue demostrar que éste no era el único mundo moderno posible” (Berman, 1982, p. 329).

Para Sennett (1978), el espacio público del movimiento se configura como lugar de paso y de no permanencia. Al describir al Lever House (Nueva York) y el Brunswick Centre (Londres), afirma que el espacio público entre edificios es un área de paso para trasladarse desde el automóvil o en autobús hasta los distintos edificios. Al referirse al Centro de Defensa (París), afirma:

Existe una pequeña evidencia de que los proyectistas del Centro de Defensa concibieran este espacio para que tuviera cualquier valor intrínseco, para que las gentes de los distintos bloques de apartamentos pudieran desear quedarse allí. El terreno, según las palabras de uno de los proyectistas, es el nexo-soporte-salida-tráfico para la totalidad vertical. En otras palabras, esto significa que el espacio público se ha transformado en un derivado del movimiento (Sennett, 1978, pp. 23, 24).

Esta significación del espacio público moderno en tanto movimiento, en tanto circulación, es objeto de fuertes críticas porque genera una pérdida –de lo que llama Bauman entorno urbano “civil”. Tal pérdida disminuye o elimina la posibilidad de que los habitantes aprendan “las difíciles destrezas de civilidad” (Bauman, 2002, p. 104), entendiendo como entorno urbano civil a la “provisión de espacios que la gente puede compartir como persona pública” (p. 104) de manera libre sin ser instada por otros en ningún sentido; esto conlleva propósitos individuales porque disminuye el ofrecimiento de espacios como el bien común (Bauman, 2002).

Bauman coincide con Sennett en muchos aspectos. Describe “La Defensa” de París como un espacio ostensiblemente público pero enfáticamente “no civil”, por tratarse de un lugar inhóspito porque allí “todo inspira respeto pero desalienta la permanencia” (Bauman, 2002, p. 104), de tal manera que es un lugar con una gran plaza vacía rodeada por torres de cristal ajenas a ella, impenetrables, que están allí sin pertenecer. Estas condiciones explican la no permanencia, porque es un espacio donde “nada mitiga ni interrumpe el vacío uniforme y monótono de la plaza. No hay bancos donde sentarse, ni árboles cuya sombra ofrezca refugio” (p. 105). Dice el autor, que el único sitio con un grupo de bancos es semejante a un escenario, donde sentarse a descansar se convierte en “un espectáculo para los otros que, a diferencia de los que se sientan, tienen algo que hacer allí” (p. 105); solo es un lugar de paso, vacío, sin gentes ni relatos.

Efectivamente, el espacio público moderno es inherente a la idea de movimiento, de fluctuación en un espacio infinito y continuo. En la construcción de la ciudad moderna el énfasis en la idea de movimiento se transcribió como espacios públicos con sentido “utilitario”, de modo que se perciben y usan como lugares para dirigirse y conectarse a los distintos usos edificados en el menor tiempo posible, y no para permanecer y convivir entre extraños. Por otra parte, la vialidad diversificada y el circular a través de la autopista como bastión de la ciudad moderna fue el pilar hacia el progreso infinito que satisfaría la necesidad de modernización para llegar a ser modernos en un futuro.

Al materializarse así la idea del movimiento, se derivó el sentido de uso del espacio público al automóvil, por lo tanto, cambió su significado como lugar de expresión y acción colectiva, de convivencia entre extraños, y pasó a ser lugar de paso subordinado al movimiento en automóvil y al individualismo: “La calle adquiere entonces una función particular, la de permitir el movimiento” (Sennett, 1978, p. 24).

Sennett describe esta realidad espacial del movimiento como portador de ansiedad de las actividades cotidianas, debido a que en la ciudad moderna el movimiento incontrolado se convirtió en un derecho absoluto del individuo, “...el automóvil particular es el instrumento lógico para ejercer ese derecho, y su efecto sobre el espacio público, especialmente sobre el espacio de las calles (...) es que el espacio se vuelve insignificante o incluso irritante” (p. 24). La función “circulación”, interpretada casi exclusivamente desde el recorrido en automóvil y no desde la valoración de la idea del recorrido vehicular separado del peatonal, transforma al espacio público en subordinado del movimiento, por lo que pierde cualquier significado experimental y de permanencia.

Circulación y esparcimiento: del aislamiento al anonimato

La pérdida del sentido experimental del espacio público, generada por la exacerbación de la función “circulación” y, por ende, del movimiento, produce una marcada tendencia a dos tipos de aislamientos: la inhibición de los individuos a establecer una relación con el medio, y la pérdida de la creencia de que el medio puede tener algún significado, lo que aumenta a medida que el individuo se aísla en su vehículo; en este caso, el medio adquiere cada vez más el sentido de “objetivo del movimiento propio” (Sennett, 1978, p. 24). Esto se reduce a la pérdida de la permanencia de la gente en el espacio público y, por consiguiente, del uso y sentido de uso.

Esto se explica, también, por el hecho de que la función “esparcimiento” se redujo a espacios confinados, residuales y anónimos, desprovistos de los equipamientos dilucidados en la Carta de Atenas, que debían ser destinados al uso colectivo y clasificados según los grupos etarios, el tipo de ocio y el sentido de uso. En la realidad, muchos quedaron confinados a un “espacio privado” en tanto propiedad, en tanto control de acceso; de ese modo, en la realidad construida, innumerables áreas reservadas para estos fines quedaron olvidadas en el tiempo y recluidas en parcelas.

De allí la característica más resaltante del espacio público moderno construido: la noción de continuidad y fluidez se transforma en discontinuidad, imprecisión y, lo difuso, un espacio atado a una estructura viaria exacerbada, donde lo confuso, imprevisible y azaroso da lugar a la indeterminación de lo público y lo privado, al aislamiento pasivo en el espacio privado y al anonimato de lo público.

272

De la visibilidad al aislamiento, ¿una visión panóptica?

Desde la idea de fluidez, infinitud, transparencias, continuidades, y de espacio desprovisto de barreras, llegamos a una importante paradoja y es precisamente la tendencia a un aislamiento, producto de la visibilidad que los demás tienen sobre uno, tanto en el espacio público como en los espacios interiores de los edificios modernos de oficinas, principalmente (Sennett, 1978, p. 24). Esto evoca –no de manera ideológica– la idea del panóptico de Jeremy Bentham, tomada por Foucault (2002), como metáfora para plantear el poder moderno, y presentada por Bauman (2002) en el libro *La modernidad líquida*.

El panóptico es una cárcel, concebida de manera que todo su interior puede ser vigilado—en la idea de visibilidad, control y poder— desde un único punto sin ser visto. Esta concepción (basada en la simplicidad y economía) fue propuesta por Bentham para el problema penitenciario durante el siglo XVIII, quien consideró a posteriori que era aplicable a escuelas, hospitales y fábricas, al conferirle una especie de poder de omnipotencia (Foucault, 2002, pp. 203-204). El carácter conferido por Bentham al panóptico como la resolución de todos los males mediante “una simple idea arquitectónica” (p. 210), es comparable con el carácter de omnipotencia, universalidad y orden conferidos al ideario moderno, y la valoración otorgada a la arquitectura en la Carta de Atenas (92): “La arquitectura preside los destinos de la ciudad (...) es responsable del bienestar y de la belleza de la ciudad (...) La arquitectura es fundamental para todo”.

Entre muchos aspectos, esto puede ser dilucidado a través de la idea de movilidad y comunicatividad mediante vías especializadas, vehículos particulares y medios de transporte. Con ellos se cristaliza en el espacio público la sensación de libertad y lo transforma en lugares para la contemplación y poderío de un usuario que circula en vehículos particulares, o de aquellos que tienen el acceso a los diversos medios de transporte, lo que parece estar también en conjunción con el planteamiento de Bauman (2002, p. 15) en la idea del panóptico, de que en estos la “pirámide de poder estaba construida sobre la base de la velocidad, el acceso a los medios de transporte y la subsiguiente libertad de movimientos, y su visión de que durante la Modernidad, la velocidad de movimiento y el acceso a medios de movilidad más rápidos ascendieron hasta llegar a ser el primer instrumento de poder y dominación”.

Foucault (1980) describe el panóptico como el ejercicio del poder omnicontemplativo, en lo que respecta a la resolución que plantea Bentham al problema de la visibilidad (en este caso organizada desde el dominio y el poder mediante la disociación del ver y el ser visto). Dos siglos después, el espacio moderno en la idea de movimiento e infinitud y de transgresión de las barreras físicas, atrapa –en su resultado construido– la sensación de estar vigilados, mirados por todos en el espacio público y en el edificado (principalmente en los edificios para oficinas). Esa sensación de estar expuestos, al descubierto, inhibe la interacción social, y conlleva en el individuo el deseo de no permanecer y la pérdida del discurso y la acción.

Desde la postura de Sennett, explicada a través de la concepción arquitectónica moderna del edificio de oficinas, la idea de la planta libre sin barreras y de grandes ventanales de cristal posee una connotación ligada a la función de “trabajo” y a la eficiencia, por lo que se espera que al estar “vigilados” los trabajadores tienen a socializar menos y a una mayor eficiencia: “Cuando cada uno tiene al otro bajo vigilancia, la sociabilidad decrece y el silencio constituye la única forma de protección. El proyecto de oficinas de planta abierta lleva a su mayor expresión la paradoja de visibilidad y aislamiento” (1978, p. 25).

Ahora bien, al analizar el resultado espacial de lo moderno, considerando la postura de Foucault, Bauman y Zennett, podemos decir que como realidad construida admite la idea de vigilancia omnicontemplativa y, por ende, de espacio público omnicontemplativo. Desde esta visión sociológica, la inexistencia de barreras tangibles entre individuos en el espacio público moderno disminuye la sociabilidad y aumenta la individualidad, porque la gente requiere de espacios públicos concebidos para la reunión y la socialización entre extraños, puesto que la necesidad de mantener cierta distancia para disminuir la posibilidad de ser observados de manera íntima es una condición humana (p. 25).

El pensamiento del urbanismo moderno se insertó en una realidad donde se producía una revolución en todas las ramas del saber; así, la individualidad no es inherente solo de este modelo. Desde lo sociológico, el cambio fue pensado en el sujeto (autónomo, racional, libre), desde la racionalización del Estado y la sociedad apoyados en lo inédito, un cambio visto como proyecto individual. Para Bauman (2002, p. 36), “la sociedad moderna existe por su incesante acción ‘individualizadora’”. Esto alude a la noción de lo inédito, la búsqueda de la verdad y la idea de modernización como proceso experimental constante e infinito que nos llevará –a futuro– a ser modernos. Este proceso de individualización lo describe Bauman como el reemplazo que adviene de la Modernidad de la heteronomía por la autodeterminación de los actores sociales. Esto explica porqué “el significado de ‘individualización’ sigue cambiando, tomando siempre

nuevas formas, mientras el resultado acumulado de su historia pasada socava las reglas heredadas, establece nuevos preceptos de comportamiento y corre nuevos riesgos” (p. 36).

No es extraño que los arquitectos modernos pensarán en un nuevo individuo y una nueva sociedad; paradójicamente, plasmaron el modelo de ciudad moderna –quizá– sin pensar en el hombre como ser social, biológico, psicológico y espiritual, ni en las “gentes” ni en la esfera social, porque el espacio de la infinitud desnuda al individuo y lo inhibe ante un lugar que escapa de su escala; lo hace sentir vigilado y penetrado en su intimidad, hace que este no comprenda el espacio como lugar de experiencias y relatos, lo aísla al movimiento en el automóvil o el transporte, o lo aísla en sus espacios privados, lo ensimisma al exacerbar la individualización y la visibilidad.

A modo de conclusión

El pensamiento sintetizado en la Carta de Atenas, materializado en un contexto real, transformó la ciudad desde lo morfológico, y también transformó al individuo de una manera opuesta a lo vaticinado por el modelo. Desde lo morfológico, el espacio público moderno “construido” se caracteriza por la presencia de un vacío que oscila de lo continuo a lo discontinuo, poca definición entre lo público y lo privado, preeminencia de la vegetación, tendencias al espacio residual y a intersticios urbanos que generan tejidos con patrones y morfologías distintas a lo preexistente, y a lo moderno en su idea germinal.

La arquitectura de la ciudad es concebida como esculturas urbanas, como elementos independientes, libres y autónomos del tejido urbano y del espacio público, y el vacío es percibido como un elemento indefinido y confuso, donde la socialización –pronosticada por los modernos– se transformó en escasez participativa y anonimato, y la circulación en una movilidad vehicular que revierte el sentido de uso del espacio público, de la calle, a un fin en sí mismo: el dominio de la circulación y el movimiento, con la consecuente pérdida del sentido experimental de los lugares y, por ende, el aislamiento pasivo.

El hombre y la mujer moderna son comprometidos con la tarea de desarraigarse del pasado y del espacio preexistente, y arraigarse a un presente y un espacio nuevo con la promesa de un futuro mejor, un nuevo espacio público que puede ser considerado como sinónimo de vorágine e indeterminación, porque es un lugar de movimiento constante, que oscila entre lo nuevo y su inminente obsolescencia; allí, la posibilidad de “rearrigo” parece poco probable en un espacio público donde la individualización cobra cuerpo y como enemigo de la ciudadanía la corroe y lentamente la desintegra (Bauman, 2002, p. 42).

Así, el espacio público moderno de la realidad construida es partícipe de un proceso de individualización que ocasiona que los relatos referidos a los propósitos comunes queden fuera del discurso público, por lo que este es ocupado por posturas individuales que provocan la colonización de lo público por lo privado (p. 42). “El interés público se limita a la curiosidad por la vida privada de las figuras públicas; y el arte de la vida pública queda reducido a la exhibición pública de asuntos privados y a confesiones públicas de sentimientos privados (...) los temas públicos que se resisten a esa reducción se transforman en algo incomprensible” (p. 42).

El espacio público es visualizado por gentes que han sido sujetos de individualización. Para ellos, el nuevo lugar es una especie de pantalla de proyección de todo aquello que es privado, sin haber sido preparado, para ser apropiado para una esfera pública, por lo que no dejan de ser relatos privados invalorados como nuevos temas colectivos, deja de ser el nuevo espacio público escenario de acción social, para convertirse en vertedero de confesiones públicas de lo que es secreto e íntimo (desde la visión de Bauman y Arendt); así, el vaciamiento del espacio público de temas y relatos manifiesta su fracaso “...a la hora de cumplir su pasado rol de lugar de encuentro y diálogo entre problemas privados y públicos” (Bauman, 2002, p. 46).

La transformación urbana representada por el modelo moderno, cuyos conceptos estaban contextualizados en una realidad compleja en que se registraba una revolución multidimensional, trajo consigo el cambio de las relaciones sociales que en ellos se desarrollan, tal como lo expresa Ramírez (2009, p. 164):

La transformación profunda del orden urbano, particularmente en la segunda mitad del siglo veinte, se manifiesta (...) en el significado cambiante de los lugares donde habita la gente y donde se construyen o debilitan los lazos sociales (...), en las tensiones entre espacios públicos y privados, dimensiones de la vida social donde emergen las luchas y disputas por el acceso a recursos sociales y por la apropiación y control del espacio urbano.

El espacio público moderno de la realidad construida produjo cambios en el mundo de la vida cotidiana, adversos a lo esperado por un modelo que creía poder lograr la transformación del individuo y la sociedad mediante la noción de lo nuevo, en tanto bienestar individual y colectivo, en tanto “vivir y habitar bien”, y el equilibrio entre las diversas funciones individuales y colectivas: habitación, trabajo, esparcimiento y circulación.

Estos cambios, de acuerdo con la postura de Ramírez (2009), se produjeron y siguen produciéndose en la imagen, estructura y actividades humanas de las ciudades, y se evidencian desde lo físico-social en la formación de grandes corporaciones de servicios financieros y comerciales (recordemos lo dispuesto en la Carta, en cuanto a la función “trabajo” y la manera como se configuró en la realidad), y la proliferación de prácticas en lo cotidiano de la informalidad en los espacios públicos de los cascos y en las periferias. La transformación del espacio público ha dado lugar a la fragmentación como espacio de relación, comunicación y acción, lo que abre paso al problema de fragmentación de lo común como referente, como propósito compartido y como experiencia vivida por individuos y grupos diferentes (Ramírez, 2006, p. 5).

Los resultados “no deseados” advinieron por la formulación de un modelo que, tal vez, pese a la complejidad del proceso para llegar a su doctrinario, parece haber dejado de lado –en su génesis– un estudio exhaustivo de las fuerzas sociales que en el espacio público se generan ni de los elementos causales implícitos que conllevan el uso y el sentido de uso de los espacios. Quizás el vuelco hacia la búsqueda del nuevo modelo de ciudad estuvo encauzado hacia los aspectos estrictamente formales, sin considerar la naturaleza humana ni los procesos sociales, omisión que se sigue reproduciendo hasta el día de hoy: “Las formas de interacción y de organización que surgen en el espacio público han sido escasamente exploradas en profundidad y que lo que ocurre en el espacio público urbano es aún desconocido, que no se ha reconocido como un ámbito interesante y significativo que merece atención como cualquier otra arena de la vida social” (Lofland, 1998, en Ramírez, 2006, p. 6).

El estudio realizado por los modernos en treinta y tres ciudades para la formulación del doctrinario, dejó de lado estos aspectos clave al planificar y concebir la ciudad desde el racionalismo extremo, y el olvido por el presente al pensar vehementemente en un futuro prometedor desvelado en planes que hacían ver que el tiempo podía ser estático y la realidad no era un proceso cambiante. El estudio se produjo desde la estricta visión del arquitecto y de la concepción de la arquitectura en su carácter omnipotente, con un sesgo hacia la simplificación.

En el espacio público moderno real se hace evidente la diferenciación social, la exclusión y segregación, opuestos a la idea de igualdad, equidad y prevalencia del interés colectivo sobre el individual, dispuestos en la Carta de Atenas. Ello ha afectado el significado simbólico, localización de funciones, sentido de uso, permanencia y apropiación del espacio público, consecuencias que Borja y Castells (1996, p. 184) consideran que son producto del cambio de las actividades tradicionales, la marginación socioeconómica y el redimensionamiento de lugares de referencia que “producen” identidad.

REFERENCIAS

- Arendt, H. (2009). *La condición humana*. Buenos Aires-Argentina: Editorial Paidós.
- Bauman, Z. (2002). *La modernidad líquida*. Argentina-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Berman, M.(1982). *Todo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la Modernidad*. Madrid: Siglo Veintiuno Editores.
- Borja, J. y Castells, M. (1996). *Local y global, la gestión de las ciudades en la era de la información*. Hábitat II. Estambul: United Nations Center for Human Settlements, Ayuntamiento de Barcelona. Vol. I.
- Foucault, M. (1980).El ojo del poder. Entrevista con Foucault. Extraído el 20 de abril de 2013 de <http://www.elortiba.org/panop.html>.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*. Buenos Aires-Argentina: Siglo Veintiuno Editores.
- La Carta de Atenas. El urbanismo de los CIAM (1954)*. Buenos Aires-Argentina: Editorial Contemporánea.
- Marcano, F. (2003). La ciudad ideal de la modernidad. La Ciudad Universitaria de Caracas. *Urbana*, 33, pp. 13-26, revista del Instituto de Urbanismo, FAU-UCV.
- Ordeig, J. (2004). *Diseño urbano y pensamiento contemporáneo*. Barcelona: Instituto Monsa de Ediciones.
- Ramírez, P. (2006). La fragilidad del espacio público en la ciudad segregada. Seminario *Pobreza, Desigualdad y Exclusión en la Ciudad del Siglo XXI. Un Debate Conceptual- Metodológico*. IIS-UNAM.

Ramírez, P. (2009). La ciudad y los nuevos procesos urbanos. *Sociología Urbana*, 3 (6), pp. 163-187.

Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Provenza-Barcelona: Ediciones Península.

Vegara, A. y De Las Rivas, J. (2004). *Territorios inteligentes*. Madrid: Ediciones Fundación Metrópoli.